

PARTE TERCERA

LA VENGANZA DEL MONJE

Deja la Tesalia, Lorenzo; despierta... mira los rayos del sol naciente, que hieren la colosal cabeza de San Carlos; escucha el murmullo del lago, que viene á expirar en la orilla, al pie de nuestra linda casa de Arona; respira las brisas de la mañana, que llevan en sus frescas alas todos los perfumes de los jardines, todos los rumores del naciente día.

CARLOS NODIER (*Smarra*).

CAPÍTULO PRIMERO

DOLOR

Era una calurosa mañana de Julio. La hermosa quinta de los señores de Medina estaba bañada por el sol y los balcones cuidadosamente cerrados.

Acababan de dar las once, cuando se abrió la puerta de un lindo saloncito del piso bajo, y Margarita entró en él lentamente.

Por una de las delicadas atenciones del anciano don Justo, aquella habitación, aunque suntuosa siempre, estaba enteramente transformada, pues había hecho transportar allí el lujo de otra época y las voluptuosas comodidades de otro clima: era uno de los salones de la Alhambra, trasladado á una quinta edificada en un risueño valle de Aragón.

Las paredes, cubiertas hasta cierta altura de azulejos, estaban adornadas de arabescos, cuyas molduras, pintadas de colores vivos y realzadas con filetes de oro, eran de un gusto y de una delicadeza exquisitos; las puertas en forma ojiva eran de cedro, y en la parte superior se leía una inscripción en caracteres cúficos; veíase en el centro del salón una fuente formada por dos elegantes conchas de alabastro, colocadas una sobre otra, y el agua no saltaba en surtidero, sino que, subiendo á la superficie, caía en rizada lluvia con dulce murmullo, rociando con sus brillantes chispas las flores que rodeaban el pilón; parecía que el artista que formó el modelo de los muebles, había soñado con los magníficos adornos del palacio árabe, después de haber leído un cuento de las *Mil y una noches*; y la reina Zorayda habría reconocido aquel diván con estrellas de oro, aquellas ricas alfombras y aquél sillón forrado en cordobán, cuyos pies terminaban en cuatro esferas de marfil; el follaje de las acacias que se elevaban en el terrado, mezcladas con dalias de encendido color

y con espesos jazmines, esparcía un verdoso crepúsculo en aquella mansión del silencio, de la frescura y de los aromas. Cerca de una de las cuatro ventanas, cubiertas todas por cortinas de seda blanca, y en las que una mano fantástica había grabado pájaros de un plumaje desconocido, se veía un velador de sándalo, encima del cual había un álbum con tapas de concha incrustadas de oro, y un bordado empezado.

Margarita entró con lento paso: llevaba un largo vestido de seda negro, cuyos anchos pliegues besaban la alfombra; una ancha cinta, negra también, rodeaba su talle, y sus cabellos, de un rubio dorado y vaporoso, estaban recogidos en dos gruesas trenzas y sujetos con un lazo de terciopelo.

Lúgubre contraste formaba aquella joven, apenas salida de la niñez y ya cubierta de luto, con los suntuosos adornos del salón; ella misma lo comprendió así sin duda, porque se detuvo asombrada, tendió en derredor suyo una tristísima mirada, y se dejó caer en el diván, cubriéndose el rostro con las manos.

—El señor don Justo de Astorga —anunció, presentándose en la puerta, la camarera de la Baronesa.

Al oír este nombre, levantó Margarita la cabeza y volvió su rostro lleno de lágrimas.

Era don Justo un hombre que podría tener de cuarenta y seis á cincuenta años, á juzgar por su fisonomía; su alta estatura debía haber tenido for-

mas de extrema elegancia que se notaban aún á pesar de su absoluta carencia de carnes; centelleaban en sus grandes ojos el orgullo y la inteligencia, no obstante estar hundidos por largas vigiliias ó por hondos sufrimientos; sus facciones pálidas eran duras y pronunciadas, aunque llenas de distinción; llevaba—según él decía, por carecer completamente de cabellos—una peluca, en la que no se advertía la ridiculez que parece inseparable de esta clase de adherentes, porque la peluca de don Justo era una obra maestra.

—Buenos días, hija mía—dijo dejando su sombrero en un sillón, mientras la joven se enjugaba los ojos presurosa.—¿Cómo está usted hoy?—prosiguió, sentándose á su lado en el diván.

—Bien, amigo mío—contestó Margarita esforzándose para sonreirse;—hoy estoy muy bien.

Fijó en ella el anciano una mirada tan penetrante que la hizo estremecer.

—Me engaña usted—dijo tras una breve pausa, durante la cual no apartó de ella los ojos.—Si—continuó con más dulzura,—me engaña usted hoy, como todos los días.

—No, no, créame usted: ya no sufro casi nada—repuso la joven con trémula voz;—voy resignándome con mi desgracia.

—Margarita—dijo don Justo con acento firme y dulce á la vez;—hace seis meses que estoy siguiendo todas las fases de su dolor de usted; seis meses que estudio las inflexiones de su voz; seis

meses, en fin, que leo en su corazón... y hace cuatro—continuó, fijando tenazmente sus ojos en la joven—que he comprendido la lucha cruel que sostiene usted.

—¡Oh, Dios mío!...

—Sí: lucha usted, pobre niña—continuó don Justo;—lucha usted con un amor fuerte y ardiente, como todo primer amor. No es ya lo que la aflige la pérdida de su esposo, de ese hombre á quien no ha podido amar, porque le ha conocido siempre enfermo, siempre sombrío; de ese hombre que ha sido su padre, pero nunca su amante ni su esposo... Por lo que sufre usted, Margarita, es porque ama á otro hombre, y su conciencia le recuerda sin cesar que ha jurado á Alberto, en su agonía, ser fiel á su memoria...

La infeliz niña no contestó: con el semblante oculto entre las manos, lloraba en silencio. El anciano no tuvo compasión, y prosiguió con más energía:

—¿Olvida usted, Margarita, que me ha referido su vida? ¿No se acuerda ya de que he escuchado de su boca el relato ingenuo del amor del cazador, mientras la guardaban los muros de Santa Rosa? ¿y no sabe usted, hija mía, no sabe que le he dicho que he sufrido mucho y que conozco el corazón humano?

—Pero yo no amo á Adriano. ¡Oh, no, no le amo!—murmuró débilmente Margarita:—bien sabe usted que no he querido verle...

—Es verdad; no le ha recibido usted aún, temiéndolo á su propio corazón, que reconoce hartamente débil...; porque le ama usted mucho, hija mía... ama mucho más al joven pintor que al cazador del convento. Dígame usted, si no: ¿qué es lo que busca, cuando á la caída de la tarde deja vagar sus miradas por las arboledas del jardín? ¿en quién piensa cuando queda meditabunda largo rato?

—¡Es verdad!—murmuró la pobre niña, dominada, más bien que convencida, por el vehemente razonamiento del anciano, y estremeciéndose de espanto.—¡Es verdad! Sin duda que siempre estoy pensando en él, sin saberlo yo misma... ¡Luego soy ingrata y perjura!—añadió cruzando sus manos con profundo terror y derramando un torrente de lágrimas.

—Ni lo uno, ni lo otro, hija mía—dijo don Justo con acento grave:—no es usted ingrata, porque ha pagado con su dolor todo lo que debía á su esposo; no es perjura, porque no es válido un juramento arrancado por la violencia.

—¡Por la violencia!... ¡Oh, no!—exclamó Margarita con doloroso transporte.

—Por la violencia, sí: por la violencia que le impuso su mismo pesar.

—Pues bien—dijo la joven enjugándose los ojos;—ya que conoce usted mejor que yo misma lo que pasa en mi alma, ya que nada me es dado ocultarle, voy á decirle toda la verdad.

Detúvose la joven, y llevó de nuevo el pañuelo

á sus ojos cubiertos por el llanto, recogíendose un momento dentro de sí misma como para cobrar valor.

—Si yo dijera, señor—prosiguió tras de una larga pausa,—lo mucho que amaba á mi tío antes del día en que Adriano se apareció á mis ojos, quizá no me creería usted. La superiora del convento me hizo comprender, desde que mi tierna edad lo permitió, todo lo que yo debía al Barón de Medina, y su santa caridad creó en mí un sentimiento de profunda y apasionada gratitud.

—Ese sentimiento, hija mía, es hartamente noble para que dejara de sentirlo usted, cuya alma es tan elevada y hermosa.

—La imagen de mi bienhechor—continuó Margarita, cuyas mejillas se animaron con un ligero carmin—no se separaba de mí: mientras trabajaba en la sala de labor, mi único anhelo era adelantarse más que ninguna para que él se alegrase; en las horas de recreo, cortaba las más hermosas flores del jardín, para enviarle un ramillete; en la iglesia, pedía siempre por él, y en cuanto el sueño cerraba mis ojos, su noble y bella figura, siempre entristecida, se me aparecía para no abandonarme, hasta que despertaba... ¿Qué nombre merece ese sentimiento ardiente y exclusivo, amigo mío?—preguntó Margarita, interrumpiéndose cándidamente y clavando sus grandes ojos en el semblante de su interlocutor:—yo ruego á usted que me lo diga.

Don Justo no respondió en seguida á esta pregunta: sus grandes cejas se unieron con un estremecimiento nervioso, y apoyó su frente, más pálida que de costumbre, en sus dos manos unidas sobre el puño de su bastón.

—Ese sentimiento... se llama gratitud, como usted misma ha dicho hace poco—contestó el anciano después de algunos instantes de vacilación.

—¡Oh!—prosiguió la huérfana juntando sus manos con entusiasmo;—¡si supiera usted cómo esta gratitud llenaba mi corazón, y qué feliz me hacía! Ella creció conmigo, y llegó á constituir una parte integrante de mi ser. El día en que me uní con eternos lazos á mi tutor, fué el más dichoso de mi vida, y ya había visto tres veces á Adriano... ¡Ah! ¡quién podría haberme dicho entonces que, antes de cumplir un mes, el sueño de la muerte cerraría los ojos de mi bienhechor!

El llanto interrumpió de nuevo las palabras de la joven.

—Valor, hija mía, valor—dijo el anciano, tomando una mano de Margarita y clavando en su semblante sus penetrantes ojos.

Enjugóse ella las lágrimas y continuó:

—Al bajar del coche que nos condujo aquí desde el convento, perdió Alberto el sentido, quebrantado por sus largos padecimientos. En el mes que viví junto á su lecho, pues mis ojos no se cerraron al sueño una sola vez, he presenciado su agonía, sin conocer que iba á morir. Por for-

tuna, en todo este mes, mi buena Marcela no me ha dejado un instante sola con él, ni de día ni de noche: ¡sin duda comprendía ella lo que yo no alcanzaba, y quería evitarme que me hallase sola con la muerte!

—Entonces, hija mía—dijo don Justo, cuya frente se cargaba cada vez más de sombrías nubes,—entonces ese afecto ha sido enteramente filial, puesto que, más que esposo, ha sido Alberto un padre para usted.

—¿Pues qué diferencia hay, señor, entre un padre y un esposo? ¿no es la misión de los dos el amar y defender á la mujer? Mi padre no hubiera hecho más que Alberto por mí, ni yo hubiese amado, más que á él, al autor de mis días.

Levantóse el anciano impetuosamente y cruzó el aposento á pasos desiguales.

—¿Por qué, ¡oh cielo! me envías esta angélica criatura para vengarme?...—murmuró en voz tan baja que no llegó á los oídos de Margarita.

Después volvió á sentarse cerca de ella, dulcificada su mirada y casi serena su frente, poco antes tan tempestuosas.

—Con el único nombre que conozco—continuó la inocente niña,—me he explicado yo, desde el día en que le perdí, el amor que le he profesado y la adoración que su memoria me inspira. La imagen de mi madre y la suya han vivido siempre juntas en mi alma; pero ahora, ¿por qué este horrible dolor que me martiriza, al solo te-

mor de que puedo amar á otro? ¿por qué este cruel remordimiento que usted ha adivinado?

—¿Tiene usted confianza en mí, Margarita?—dijo don Justo, contestando con esta pregunta á las preguntas de la joven.—¿Me cree usted bastante amigo suyo para confiarme su destino?

—¿Y puede usted dudarle?—exclamó la doncella con un ademán de dolorosa admiración.—¿Hay en el mundo otro ser que se interese por mí? ¿No ha sido usted el mejor amigo de Alberto y me honra con el título de hija?

—Pues bien, hija mía: mañana por la noche saldremos para Italia; bajo aquel hermoso cielo recobrará usted en breve la alegría del alma y la paz del corazón: su quebrantada salud hace además preciso este viaje.

—Sea como usted quiera, padre mío; sé que, obedeciéndole, obedezco á Alberto. ¡Ya no tengo en el mundo más amparo que usted!

Una lágrima involuntaria humedeció los grandes y severos ojos de don Justo, quien la enjugó fieramente con el dorso de su enflaquecida mano. Levantóse, y estrechando las de Margarita, salió para tomar su berlina azul, tirada por cuatro hermosos alazanes.

—¡A casa!—dijo, al subir, al cazador cubierto de oro que le abrió la portezuela.

Este transmitió la orden al obeso auriga, que ocupaba su asiento majestuosamente, y el coche tomó al trote el camino de Zaragoza.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CELDA DEL PADRE AMBROSIO

Al expirar aquel día, un religioso de la Orden de la Merced, á juzgar por sus hábitos blancos, subía lentamente una pequeña cuesta que conducía á un monasterio.

Tú, lector mío, por muy joven que seas, te habrás encontrado en el campo alguna tarde de estío, cuando la luz del día se retira lentamente para dar lugar á las sombras de la noche.

¿No ha quedado grabada en tu alma la memoria de tan hermoso espectáculo? Si eres joven, ¿no has evocado el recuerdo del objeto de tu amor? Si eres anciano, ¿no te ha parecido escuchar, entre los indefinibles murmullos, la voz de tu hijo ausente ó perdido? Si eres niño, ¿no has sentido alegría al ver el cielo azul, que van bordando luceros de oro?

Yo he sentido lo que ahora te pregunto. Sentada en medio de los campos, en las apacibles tardes del estío, las horas han corrido para mí con indecible rapidez; he olvidado, durante esas horas, todas mis tristezas presentes, los dolores ya sufridos, y los presentimientos melancólicos del porvenir; con la mirada fija en el cielo, ó ab-